

ANÁLISIS LEXICOMÉTRICO DE *EL SOCIALISTA* (1886-1912): UN VOCABULARIO DE CLASE*

M.^a Antonia Fernández y Juan Francisco Fuentes
Universidad Complutense

La dimensión social de la lengua como vehículo y expresión de los conflictos de clase y de las ideologías en presencia va adquiriendo poco a poco el reconocimiento historiográfico que sin duda merece, aunque sea a caballo entre disciplinas tan diversas como puedan serlo la lexicografía histórica, la historia de las ideas y de las mentalidades y la historia social propiamente dicha. En este sentido, la lexicometría aplicada a la historia, tal como la han desarrollado Maurice Tournier y su equipo de la Universidad de Saint-Cloud, parte de la consideración del lenguaje como decantación de un entramado de intereses que expresa su pluralidad en la elección de determinadas voces y la postergación de otras¹. Este carácter discriminatorio del lenguaje puede apreciarse

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación titulado *Diccionario de términos políticos y sociales de la España del siglo XIX*, financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (PB94-0267), que será publicado próximamente por Alianza Editorial.

¹ Cfr. por ejemplo, el libro de Maurice TOURNIER *Des mots sur la grève. Propos d'éthymologie sociale*. Klincksieck. París. 1992, recopilación de diversos trabajos del autor relativos sobre todo al vocabulario del movimiento obrero francés en el siglo XIX. Asimismo, se encontrarán interesantes referencias metodológicas y bibliográficas sobre la lexicometría aplicada al discurso histórico —en concreto, a diversos textos de la Revolución francesa— en un amplio dossier coordinado por Régine ROBIN y publicado por la revista *Estudios de Historia Social*, núms. 2-3, 1977, con el título «Lingüística y análisis de las ideologías» (pp. 141-288). El lenguaje político contemporáneo, centrado en el campo semántico de *nación*, es el tema de la obra colectiva *Les mots de la Nation*, Presses Universitaires de Lyon, 1996. Para lo que tratamos en nuestro artículo, tiene utilidad, sobre todo metodológica, el libro colectivo, editado por P. BURKE y R. PORTER, *The Social History of Language*, Cambridge University Press, 1987, aunque se queda prácticamente en la Revo-

nítidamente mediante una aproximación empírica a los textos, en los que a menudo es fácil registrar una tendencia dominante en favor de un término o de una serie semántica para expresar lo que otros textos u otros autores prefieren formular con otras palabras. La lexicometría consiste, pues, en un trabajo de cuantificación de voces y sintagmas que permita descubrir esas tendencias, reflejadas en el uso preferente de ciertas voces, y en la explicación de los factores que determinan y, en ocasiones, alteran tales tendencias. En este caso, el *corpus* elegido por nosotros son los editoriales de *El Socialista* desde su fundación como semanario en 1886 hasta su transformación en diario a principios de 1913². Se trata, pues, de cuantificar todos aquellos términos que, a lo largo de casi treinta años, utiliza el órgano oficial del PSOE en sus editoriales para designar a la clase social cuyos intereses pretende representar y a la que va dirigida la publicación. La traducción estadística del léxico de clase del semanario nos permitirá conocer un poco mejor su visión de la realidad española de la época, la influencia que ejerce en su discurso el socialismo internacional, sobre todo el francés, su voluntad y capacidad de adaptación a los nuevos tiempos y las diferencias de vocabulario —y, por tanto, las diferencias culturales e ideológicas— respecto a un sector fronterizo del movimiento obrero como era el anarquismo.

Antes de exponer los resultados de nuestro vaciado conviene hacer alguna precisión de tipo formal y técnico. En primer lugar, hay que decir que el formato y el contenido de los editoriales, como el propio semanario, sufrieron diversos cambios a lo largo de estos años, y que, en lo que a nosotros nos interesa, la tendencia general fue hacia el acortamiento de los editoriales, tanto a lo ancho como a lo largo. De esta forma, el editorial, que figura siempre en la primera página del periódico, normalmente precediendo a la sección de actualidad «La semana burguesa», pasa de ocupar entre dos y tres columnas en los primeros años a

lución francesa, lo mismo que el de E. Piu (editor) *I linguaggi politici delle rivoluzioni in Europa, xvii-xix secolo*, Leo S. Olschki Editori, Florencia, 1992. Finalmente, se encontrarán diversas tentativas lexicométricas y lexicológicas sobre la historia política y social de la España contemporánea en la revista *Ibérica V. Cahiers Ibériques et Ibéroaméricains de l'Université de Paris-Sorbonne*, París, número de 1985; véase, especialmente, por su proximidad temática —que no cronológica— a nuestro trabajo, el artículo de P. GUINARD, «Sur la dénomination des travailleurs manuels au début de l'époque fraquisté» (pp. 209-221).

² Sobre estos primeros años de *El Socialista*, cfr. el trabajo de Santiago CASTILLO, «La travesía del desierto: la prensa socialista (1886-1900)», en VV.AA.: *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Alfoz, Madrid, 1987, pp. 471-518.

una columna escasa al final del período estudiado, con la particularidad, además, de que a partir de 1896 el semanario se compone a cuatro columnas y no a tres, como hasta entonces, lo cual supone también una reducción de la anchura del texto. Esta evolución no es lineal, porque al mismo tiempo va cambiando el cuerpo de letra —mayor al final que al principio— y porque la extensión de los editoriales puede variar notablemente, pero, en general, se puede decir que son cada vez más cortos, y que ello es el resultado de la voluntad, a veces manifestada por los redactores, de dar al periódico un tono más ágil y moderno, en línea con la pautas formales que va marcando la prensa *burguesa*. Todo ello tiene un primer reflejo en los datos recogidos a partir de nuestro vacío por el hecho de que el número de casos registrados al final del período —es decir, de uso de voces o sintagmas correspondientes a la clase obrera y su campo semántico— es notablemente inferior respecto al punto de partida, tras seguir durante estos años una tendencia que, aunque con grandes altibajos, es claramente descendente (ver Cuadro II y IV). En ello influye también, en menor medida, la propia evolución de los temas tratados por los editoriales, en los que puede apreciarse una disminución de las cuestiones estrictamente sociales y laborales, que casi monopolizan los editoriales de los primeros años, en beneficio de los temas propiamente políticos, en los que el vocabulario de clase que aquí analizamos tiene menor cabida. Por último, en algunas ocasiones el semanario se publicó sin editorial, porque se prefirió dedicar su espacio a reproducir alguna información o documento de particular importancia. Así, por ejemplo, entre finales de junio y principios de septiembre de 1911 todas las portadas estuvieron dedicadas a la publicación de distintas informaciones sobre la guerra de Marruecos y a la transcripción de discursos contra la guerra. Ese mismo año, *El Socialista* estuvo sin publicarse durante el mes de octubre. Todo ello —es decir, la ausencia de editoriales durante varias semanas por unas u otras razones— explica que el año 1911 fuera el más pobre en el uso de los términos sociales motivo de nuestro análisis.

De una primera aproximación al material recogido podría quedar la falsa impresión de que el discurso editorial de *El Socialista* —que es como decir del socialismo español de estos años— se distingue por su dinamismo y versatilidad. Ahora bien, si tenemos en cuenta que se trata de un período de casi tres décadas, el rasgo más característico de este *corpus*, desde todos los puntos de vista, es exactamente el contrario: la lentitud con que se producen los cambios de fondo y forma, y, aun éstos, como a remolque de una realidad que parece ir por delante. En cuanto a la terminología social de los editoriales en relación con sus

destinatarios, se puede decir que las líneas generales, tal como quedan registradas en la visión de conjunto que ofrece el Cuadro I, son aplicables a cualquier momento del período tratado: dominio incontestable de las voces *obrero/s* y *trabajador/es*, por este orden, seguidas a gran distancia por otras expresiones secundarias que, con alguna excepción, se mantienen constantes también a lo largo de estos años, más un sinfín de expresiones y sintagmas, cuantificados como *otros*, de carácter generalmente denotativo: *oprimidos*, *desheredados*, *pobres*, *esclavos*, *desposeídos...*, y un amplio número de combinaciones a partir de *clase/s* y *masa/s* —*explotada*, *oprimida*, *pobre*, *desvalida*—. El predominio abrumador de las denominaciones genéricas del sujeto social, como *obrero/s*, *trabajador/es*, *proletario/s* o *asalariado/s*, sobre el concepto colectivo de clase en cualquiera de sus formulaciones —*proletariado*, *clase obrera*, *clase trabajadora...*— es otra de las grandes tendencias del corpus analizado, en línea, por lo demás, con lo que parece ser el lenguaje común del movimiento obrero internacional en sus distintas variantes³.

De todas formas, los factores de continuidad patentes durante estas tres décadas están artificialmente reforzados por el mayor peso que los primeros años tienen en el material recogido, en razón de la mayor extensión de los editoriales hasta principios de siglo. De ahí que los cambios que se producen al final del período estudiado no lleguen a compensar la tendencia dominante marcada desde el principio. Pero el contraste entre los porcentajes de 1887 y 1912 muestra a las claras algunos cambios significativos en el vocabulario de clase empleado por *El Socialista* (Cuadro II). El más importante refleja un cierto declive en los últimos años de la voz *obrero/s*, cuya superioridad hasta principios de siglo —incluso en el global de nuestro período— era indiscutible,

³ Véase el cap. «*Travailleur aux prises à l'Histoire*» del libro, *op. cit.*, de M. TOURNIER, en el que se puede apreciar la relativa estabilidad que existe en el vocabulario de clase del movimiento obrero francés entre la Revolución de 1848 y la época del Frente Popular. Así, en los textos de 1848 analizados por el autor predominan claramente *ouvrier/s* y *travailleur/s*, lo mismo que en los editoriales de *El Socialista* motivo de este trabajo y que en las páginas del órgano comunista *L'Humanité* entre 1934 y 1936, si bien en este último *travailleur/s* supera a *ouvrier/s*, y *prolétariat* tiene una importancia mucho mayor que en 1848. Tournier presenta asimismo un vaciado terminológico de textos de Jaurès del año 1901, en los que destaca el ascenso —según el autor, circunstancial— de *prolétariat* al primer puesto, por encima de *ouvrière*, *prolétaires*, *ouvriers*, etc. De todas formas, la tendencia histórica a partir de 1848, en opinión de Tournier, es a un aumento de *travailleur/s* a costa de *ouvrier/s*, tendencia que parece registrarse también en las páginas de *El Socialista* a caballo entre los dos siglos.

hasta que *trabajador/es* se convirtió, por escasa diferencia, en el término de mayor uso. Como una consecuencia de lo anterior se puede considerar la subida de *clase trabajadora* y el descenso de posición —pero apenas en el porcentaje— de *clase obrera*. *Proletariado*, en cambio, permanece estable entre el principio y el final, y, en general, durante todo el período, siempre por encima de *clase obrera* y *clase trabajadora*.

La novedad más espectacular que se registra en 1912 es, sin lugar a dudas, el vertiginoso ascenso de *pueblo*, que, en realidad, en el plano del lenguaje, de la conjunción republicano-socialista formada a finales de 1909 y de los cambios que ello supuso en el discurso y en la praxis política de los socialistas españoles. Ningún otro término de todos los estudiados experimentó una modificación tan brusca de su *status*: de ocupar un papel irrelevante en los editoriales del año 1909 —el 1,6% de los casos—, pasa a ser en 1910 la tercera voz más utilizada —10,3% de los casos— y la primera un año después —35,3%— (Gráfico II). Este hecho, que supone el principal, y casi único, factor de ruptura en el vocabulario de clase de *El Socialista* en las tres primeras décadas de su existencia, puede interpretarse en primera instancia como fruto de una contaminación del léxico sociopolítico propio del republicanismo español⁴, y, por tanto, como una suerte de peaje terminológico que los socialistas pagaron inconscientemente por su alianza electoral con los republicanos, que llevó a Pablo Iglesias al Congreso de los Diputados tras las elecciones de 1910. Pero el ascenso de *pueblo* a partir de este último año hay que relacionarlo también con otro factor de la máxima importancia: la presencia de Pablo Iglesias en las Cortes obligará a los editorialistas —uno de ellos, como es sabido, el propio diputado socialista— a seguir muy cerca la actividad parlamentaria y, por consiguiente, a prestar mucha más atención a la actualidad política. En otras palabras: cambió el lenguaje, en parte, porque cambiaron los temas a tratar.

⁴ Sobre el concepto de *pueblo* en el liberalismo y en el republicanismo español del siglo XIX se han publicado en los últimos años varios trabajos. Cfr., por ejemplo, los siguientes: D. CASTRO: «Jacobinos y populistas. El republicanismo español a mediados del siglo XIX», en J. ÁLVAREZ JUNCO (ed.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, CIS, Madrid, 1987; J. VARELA «The Image of the People in Spanish Liberalism», en *Iberian Studies*, University of Keele, vol. 18, 1989; J.F. FUENTES: «El mito del pueblo en los orígenes del republicanismo español: *El Huracán*, 1840-1843», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 23, Burdeos, 1996, y del mismo autor: «La invención del pueblo: El mito del pueblo en el siglo XIX español», en *Claves de Razón Práctica* (en prensa).

El descubrimiento del pueblo como sujeto histórico, en detrimento de *trabajador/es* y sobre todo de *obrero/s*, que será el término que más se resienta de este cambio, era consecuencia, en definitiva, de la nueva primacía —tal vez pasajera— de lo político sobre lo social y de un cierto mimetismo conceptual y terminológico respecto a los republicanos, cuyo discurso político estaba, indudablemente, mucho más elaborado que el de los socialistas. En estas condiciones, la mayor amplitud semántica de *pueblo* podía representar mucho mejor una situación histórica más compleja y llena de matices, en la que había que conjugar con habilidad los tradicionales conceptos del movimiento socialista —*revolución, explotación, trabajo, clase...*— con el viejo, pero todavía vigoroso, utillaje conceptual del liberalismo radical —*soberanía, democracia, derechos, nación...*—. La nueva dimensión parlamentaria del socialismo español obligaba a un difícil ajuste terminológico: había que buscar un cierto equilibrio entre la revolución y la democracia, y, como muy bien sabían los dirigentes republicanos —y especialmente Lerroux, maestro en este juego⁵—, el término *pueblo* proporcionaba las dosis justas de lo uno y de lo otro.

Este episodio permite comprobar la gran capacidad de adaptación que el lenguaje muestra a las necesidades del discurso y de la práctica política, pero también los préstamos e intercambios que puede haber entre espacios ideológicos más o menos conexos. Ésta es la razón que nos ha llevado a abordar una dimensión especialmente reveladora de nuestro trabajo, pero cuyas posibilidades quedan apenas esbozadas a la espera de una investigación mucho más amplia. Se trata de ver la relación que, desde el punto de vista del vocabulario de clase que aquí estamos tratando, pueda existir entre *El Socialista*, la prensa socialista francesa, considerada, por lo general, como la principal vía de penetración del pensamiento marxista en España, y una publicación anarquista española de la misma época. El resultado es la comparación que se ofrece en el Cuadro III del léxico social empleado en los editoriales del órgano oficial del socialismo español, de *Le Socialista* francés y del semanario anarquista *La Idea Libre*, publicado en Madrid entre abril de 1894 y julio de 1899⁶. Para que

⁵ Sobre la capacidad de Lerroux para construir un discurso populista de gran impacto entre amplios sectores obreros, cfr. el libro de J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogía populista*, Alianza Ed., Madrid, 1990.

⁶ Los principales colaboradores de esta revista eran Soledad Gustavo, López Bago, Raúl, Julio Burell y E. Reclus. Hemos podido consultar *Le Socialista* y *la Idea Libre* en la Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias, donde se nos ha atendido con la amabilidad que es habitual en la Fundación.

el paralelismo resultar más realista, hemos acotado la comparación a un período similar en los tres semanarios: el año 1894, en el caso de *El Socialista*; el primer semestre de este año, para *Le Socialiste*. y la etapa comprendida entre abril de 1894 y abril de 1895 para *La Idea Libre*.

Aunque la cala realizada no permita sacar grandes conclusiones, hay interesantes elementos de coincidencia y divergencia que tal vez una investigación más detenida pudiera confirmar. En primer lugar, se constata un hecho curioso que está simbolizado en el espacio intermedio que *Le Socialiste* ocupa en nuestro cuadro, cuyas coincidencias con *El Socialista* y *La Idea Libre* son mayores que las que existen entre las dos publicaciones españolas. El paralelismo con el principal órgano de prensa del socialismo español se podía dar por descontado, habida cuenta no sólo la comunidad doctrinal entre las publicaciones oficiales del socialismo de ambos lados de los Pirineos, sino también la conocida influencia teórica y programática que el socialismo francés ejercía sobre el español. Que, en sus primeros años, *El Socialista* español solía reproducir textos de su homónimo galo estaba ya sobradamente documentado⁷. El Cuadro III de nuestro trabajo nos confirma asimismo un alto grado de coincidencia en el vocabulario de clase de ambos semanarios: en concreto, coinciden cuatro de las cinco voces más usadas *El Socialista* y *Le Socialiste* para denominar al sujeto social de la revolución: *trabajadores*, *obreros*, *proletariado* y *proletarios*. En cambio, *productores* está ausente entre los términos más utilizados por *El Socialista*, lo mismo que *asalariados* en el semanario francés. Pero hay otras diferencias que pueden ser significativas: el primero utiliza más *obreros* que *trabajadores*, al revés que *Le Socialiste*. Con el tiempo, sin embargo, parece imponerse la relación inversa, reflejada en nuestra cala del órgano socialista francés y señalada como una tendencia histórica incontestable por M. Tournier y J. Dubois. Este último autor constata ya la primacía de *travailleur/s* sobre *ouvrier/s* en los textos de la Comuna, invirtiendo así la relación existente en la Revolución de 1848⁸.

⁷ Véase el artículo de S. CASTILLO, «La influencia de la prensa obrera francesa en *El Socialista* (1886-1890). Datos para su estudio», en *Revista de Trabajo*, núm. 56, 1976, pp. 85-136. Sobre la influencia del pensamiento de Guesde en el socialismo español, y en particular en Pablo Iglesias, cfr. el libro de A. ELORZA y M. RALLE, *La formación del PSOE*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989.

⁸ M. TOURNIER, *op. cit.*, p. 130, y, especialmente, J. DUBOIS: *Le vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872*, Librairie Larousse, París, 1962, p. 37 y ss., donde se describe la progresión del término *travailleur*, concretamente en el vocabulario socialista, a costa de *ouvrier/s*.

El Socialista seguirá también esa tendencia, pero no antes de principios del siglo xx, con notable retraso, por tanto, respecto a la línea seguida por el socialismo francés.

La otra gran diferencia radica en el porcentaje de *otros términos* que utilizan las dos publicaciones, una vez descontadas las cinco voces más frecuentes: 24,1% *El Socialista*, por sólo un 11,0% *Le Socialiste*. La mayor dispersión terminológica del semanario español en relación con el campo semántico que estamos estudiando puede interpretarse como síntoma de un discurso menos maduro y elaborado que el de su homónimo francés, en el que se aprecia claramente una mayor concentración de usos en cinco términos, y, especialmente, en tres: *travailleur/s*, *ouvrier/s* y *prolétariat*. También aquí el semanario francés marca una tendencia que se registra en *El Socialista* unos años después, lo que parece avalar nuestra hipótesis anterior: que el lento proceso de elaboración de su discurso irá reduciendo el amplio margen inicial de *otros términos* a los que se recurre para representar al sujeto social de la revolución. Así pues, con las debidas reservas, se podría formular una ecuación en virtud de la cual la mayor madurez del discurso se traduciría en una mayor concentración terminológica. En todo caso, del Cuadro IV se desprende que ese proceso de depuración del discurso y del lenguaje habría concluido hacia 1895, a los nueve años de la aparición del primer número de *El Socialista*, y que a partir de esa fecha el porcentaje de *otros términos* se estabilizaría en torno al 10%, una vez descontadas las diez voces o sintagmas de más uso.

La comparación de estas dos publicaciones con el semanario anarquista *La Idea Libre* ofrece también algún dato interesante. *Trabajadores* y *obreros* son los únicos términos que comparten las tres publicaciones y, en particular, *El Socialista* y *La Idea Libre*. Podría decirse que estas dos voces constituyen el núcleo común del vocabulario de clase del movimiento obrero internacional, cualquiera que sea su tendencia. Ahora bien, *Le Socialiste* guarda una mayor coincidencia con *La Idea Libre* que ésta última con *El Socialista*: además, de *trabajadores* y *obreros*, *productores* figura entre los cinco términos más usados tanto por el órgano de los socialistas franceses como por la publicación anarquista española. Finalmente, sobre el léxico de ésta última cabe formular algunas consideraciones, la primera de las cuales no puede reflejarse en nuestro cuadro comparativo, y es la menor importancia del vocabulario de clase —la referencia al sujeto social de la revolución— en relación con un sujeto genérico, por no decir metafísico, invocado frecuentemente por *La Idea Libre*: *la humanidad, el hombre, el indivi-*

*duo, la especie...*⁹. No es de extrañar, por ello, que en el léxico social de esta publicación ocupe un lugar preeminente el concepto de *pueblo*, con todas las connotaciones sociales, morales y hasta filosóficas que tenía en el vocabulario del liberalismo democrático. De donde parece seguirse otra conclusión: que, a finales del siglo XIX, el lenguaje del anarquismo español estaba más cerca del universo conceptual del republicanismo —al que, como hemos visto, acudirán también los socialistas a partir de 1910— que de la terminología de clase del socialismo marxista. Por último, mientras el concepto de *pueblo* sigue asociado a la vieja *cultura de la protesta*, expresión durante buena parte del siglo XIX de un liberalismo popular y urbano, del que lo tomarán tanto el republicanismo como el anarquismo, el caso de *trabajador/es* es exactamente el contrario: un término de gran polivalencia, sin una excesiva carga ideológica, que lo mismo podemos encontrarlo, como en la muestra que hemos estudiado, en una publicación anarquista que socialista, e incluso en la prensa llamada *burguesa*.

En el uso y, eventualmente, en la creación de un vocabulario de clase los editorialistas de *El Socialista* tenían, como se ve, un margen de elección limitado por el significado común de las palabras, por sus distintas connotaciones y por su mejor o peor adaptación a ciertos temas e incluso a ciertas funciones. De ahí que nuestro estudio lexicométrico deba plantear también, siquiera de forma muy aproximada, la presencia *cualitativa* que algunos de los términos estudiados tienen en las páginas de *El Socialista*. Los títulos de los editoriales, lo mismo que de los manifiestos que suele publicar el periódico, aportan un material privilegiado para el análisis cualitativo de los términos, por la especial jerarquía tipográfica y simbólica que adquiere la palabra utilizada como parte de un título. Diríase que hay voces capaces de llenar por sí solas un texto, pero que no sirven para encabezarlo, y el mejor ejemplo probablemente sea *obrero/s*, la más utilizada de nuestro *corpus*, como queda dicho, pero cuyo valor *jerárquico* era más bien limitado, a tenor de las pocas veces que aparece en los títulos. Por el contrario, *el proletariado*, *los trabajadores* y *la clase trabajadora*, por este orden, tienen una importancia cualitativa que va más allá de su mera presencia en los textos tal como ésta queda recogida en nuestros cuadros y gráficos.

⁹ Por ejemplo, cuando en el número del 3 de junio de 1894 se pregunta, «¿En qué, pues, mataría esta igualdad los estímulos para el desarrollo moral y material de la especie?»; o bien la afirmación que figura en el número del 8 de junio del mismo año: «La aspiración de la humanidad fue en todas épocas la libertad del individuo y la mejora de las condiciones de su existencia».

Proletariado, por ejemplo, disfruta manifiestamente de un *status* especial: suele escribirse con mayúscula, sirve de título a numerosos editoriales y manifiestos del partido y parece el término preferido para solemnizar las grandes ocasiones, como la celebración del 1.º de mayo¹⁰. La cohorte de adjetivos que le acompaña con frecuencia —*proletariado consciente, militante, revolucionario, universal, activo, agrícola, pensante...*— evidencia, por un lado, el alto grado de abstracción del término, mientras que, por otro, contribuye a subrayar su especial categoría, cifrada en su carácter genérico y polisémico, y a ampliar su presencia y protagonismo en la frase. Tiene, además, frente a *obrero/s*, la ventaja añadida de su doble dimensión social y política —con predominio de la primera—, ambivalencia que se transmuta en eclecticismo en algunas ocasiones, como cuando *El Socialista* proclama en uno de sus primeros números que «democracia y proletariado son una misma cosa».

Algo parecido ocurre con los *trabajadores*, destinatarios habituales de editoriales, proclamas y manifiestos del socialismo español. De este término ya se ha señalado su enorme polivalencia y versatilidad. Tanto sirve para representar a los protagonistas de un conflicto laboral, como para apelar a los potenciales electores del PSOE al grito de «A las urnas, trabajadores»¹¹. Así pues, a diferencia de *obrero/s*, que es un concepto esencialmente acotado al ámbito socio-laboral, el término *trabajador/es* extiende su significado por un amplísimo campo semántico en el que llega a solapar y sustituir a los sujetos políticos acuñados por el liberalismo, como *ciudadano* —prácticamente ausente del vocabulario de *El Socialista*— y, en menor medida, *pueblo*. Parece indudable que, sobre el tándem *trabajo/trabajador*, el socialismo marxista, como hiciera el socialismo utópico con *productor* y *clases productoras*, aspira a construir un nuevo concepto de democracia y de ciudadanía, en el que los derechos civiles deriven de los derechos sociales y económicos adquiridos a través del trabajo. Es muy expresiva, en este sentido, la definición que formula el órgano socialista en un editorial de junio de 1887, en la que resulta patente el deslizamiento de una concepción

¹⁰ Véase, por ejemplo, el artículo conmemorativo del 1 de mayo de 1907 o el uso recurrente que se hace del término a lo largo del editorial del 1 de mayo de 1904. La imagen del proletariado ilustra asimismo algunos números del 1.º de mayo; así, el del año 1900 le presenta como un leñador en plena tarea ante el árbol de la burguesía —tronco—, la magistratura y el clericalismo. En cambio, en el número del año anterior, el proletariado aparece encadenado mientras es picoteado por un ave de rapiña; el socialismo, al fondo, permanece expectante.

¹¹ *El Socialista*, 19 de abril de 1907.

liberal de la democracia a otra de nuevo cuño: «La democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo: es decir, de los trabajadores, por los trabajadores».

El empeño en sustituir al *pueblo* por los *trabajadores* como sujeto social, más que político, de una verdadera democracia queda de manifiesto en el papel marginal, ya comentado, que el primero tiene en los editoriales de *El Socialista*. No menos evidente, sin embargo, es el carácter parcialmente fallido de esa tentativa de sustitución, a causa de la todavía fuerte asociación que en el imaginario de amplios sectores sociales, incluida la clase obrera, existe entre pueblo y revolución. De ahí el redescubrimiento del pueblo y del principio liberal de soberanía popular a raíz del acceso de los socialistas al Parlamento en 1910. Esta especie de claudicación ante el concepto es fruto también de la inercia de toda una iconografía revolucionaria, de origen liberal, creadora a lo largo del siglo XIX de unos estereotipos que resultan muy difíciles de superar o reemplazar. Tal como ocurre con la imagen universal de la revolución obrera, calcada de la alegoría de la revolución liberal creada en Francia a partir de 1789 —tributaria a su vez de la mitología y la iconografía grecorromana—, la representación del pueblo que ilustra algunas portadas de *El Socialista* es una derivación, apenas modificada, de la imagen del pueblo oprimido que encontramos en la iconografía liberal —e incluso pre-liberal— desde principios del siglo XIX. Si Goya representaba a las clases laboriosas llevando a cuestas a sus opresores —unos burros sonrientes y enigmáticos, pero cuyas espuelas les delatan¹²—, *El Socialista* nos presenta al pueblo como bestia de carga abrumada por el peso del Ejército, el fisco y la Iglesia, confortablemente instalados sobre su lomo¹³. Podría decirse que en la España de principios del siglo XX el Antiguo Régimen no había desaparecido del todo, y, a tenor de esta imagen, que el sistema de conceptos y símbolos que los liberales alzaron contra él, tampoco. En alguna ocasión, incluso, los socialistas se replantearán el viejo problema de la regeneración del pueblo, que tanto dio que hablar durante la Revolución liberal. Y es

¹² Sobre estos *caprichos* de Goya y la influencia en ellos de ciertos grabados franceses de la época revolucionaria, cfr. el excelente artículo de L. DOMMERGUE «*Tú que no puedes... Le peuple à bon dos* (D l'estampe révolutionnaire au "caprice" goyesque)», en *Mélanges offerts à Paul Guinand*, núm. especial de *Ibérica*, París, 1991, pp. 77-87.

¹³ *El Socialista*, 1 de mayo de 1907. El dibujo lleva la siguiente leyenda: «Cuando el pueblo se libre de la carga que le abruma, cesará su explotación». La portada del 1.º de mayo del año anterior presenta una desenfadada carrera de aurigas, tocados con el gorro frigio, titulada «Los pueblos marchando a la carrera hacia el socialismo».

que «la masa, el pueblo, resignado, ignorante, grosero, receloso, desagradoecido —pero no por culpa suya—», seguía siendo, según los socialistas, «la única fuente de fuerza progresiva en España»¹⁴.

Como se ve, la aproximación lexicométrica al discurso tiene su utilidad, pero también sus limitaciones, sobre todo a la hora de penetrar en una realidad subyacente que sólo resulta accesible mediante el estudio cualitativo y singularizado del papel que en cada caso desempeñan las palabras y los conceptos, incluida, como en el caso anterior, la representación gráfica de los mismos. Si en análisis cuantitativo refleja preferencias significativas en el uso de ciertos términos, así como ausencias no menos elocuentes, la contextualización de voces y conceptos permite restablecer cierta sintaxis histórica que cada palabra por separado, por mucho que se repita, no nos puede transmitir. Explorando en las relaciones entre sustantivos y adjetivos, entre determinadas palabras y determinados temas, entre sinónimos y antónimos —*burgués/obrero, explotado/explotador, asalariados/capitalistas...*—, en el rango jerárquico que se establece entre los términos, según su localización dentro del texto o su presentación tipográfica, accederemos a un nivel superior de comprensión del discurso, desde el cual podremos apreciar no sólo ciertas preferencias más o menos conscientes, sino también la relativa autonomía que en ocasiones llega a cobrar el lenguaje impulsado por corrientes históricas muy profundas, no siempre fáciles de reconocer. Tal vez todo ello se comprenda mejor si sintetizamos en unas cuantas conclusiones lo que hemos ido desgranando en estas páginas.

1. El caso de *obrero/s* puede resultar paradigmático de lo que acabamos de decir. Su presencia masiva en nuestro *corpus* les convierte, aparentemente, en sujeto social por excelencia del discurso de los socialistas españoles, haciendo honor a la propia denominación del PSOE. Pero se trata de un término francamente sobrerrepresentado, cuyo radio de acción apenas rebasa el ámbito socio-laboral. En la medida en que el centro de atención de los editoriales se vaya desplazando del núcleo mismo de la lucha de clases a las manifestaciones periféricas de la misma, el uso del término decae. En realidad, su presencia depende de dos variables: de un hecho objetivo como es la evolución de la conflictividad laboral —la huelga general en Barcelona del año 1902 o la oleada de huelgas en Vizcaya en 1906, por ejemplo, se traducen en un rebrote del uso de *obreros*— y de una circunstancia subjetiva como

¹⁴ «Hablemos claro (II)», *El Socialista*, 19 de octubre de 1900.

es la percepción que los editorialistas tienen de la actualidad y las prioridades que establezcan entre los distintos temas. No creemos que la caída en vertical que, por las razones ya señaladas, experimenta el término entre 1910 y 1912 sea irreversible, pero su tendencia declinante a lo largo de las tres décadas analizadas, aproximándose, de esta forma, al patrón léxico de *Le Socialiste* francés, hace muy tentadora esta conclusión: que el socialismo español se iba desprendiendo poco a poco de su proverbial obrerismo.

2. Si en el uso de *obreros* hay una relación directamente proporcional con los conflictos socio-laborales, temas como las guerras coloniales, las injusticias del sistema tributario, la vida parlamentaria o la situación política del país imponen al pueblo como sujeto y/o víctima de la realidad, lo que se traduce en una mayor presencia en los editoriales. De hecho, la crisis colonial de 1898 motivó ya un leve aumento del uso de *pueblo* en claro detrimento —cómo no— de *obreros*: este último término cae del 28,2% al 19,9% entre 1897 y 1898, mientras que *pueblo* pasa del 2,1% al 5,2%. Es un movimiento similar al que tendrá lugar en 1910-1912, pero las magnitudes son mucho más modestas, y, además, los porcentajes de estas dos voces volverán inmediatamente a valores muy parecidos a los de 1897¹⁵.

3. Así pues, mientras *obreros* y *pueblo* ocupan los polos opuestos de este vocabulario, *trabajador/es* bascula bastante bien entre ambos extremos, y, a veces, llega a ser intercambiable con cualquiera de esos dos términos. Los trabajadores lo mismo pueden protagonizar una huelga que identificar a los electores naturales del PSOE que servir de base de sustentación a una nueva idea de democracia y ciudadanía. Los socialistas suelen dirigirse a ellos cuando, a través de editoriales, proclamas o pequeños insertos publicitarios, buscan electores para el partido, suscriptores para *El Socialista* o público para los actos del 1.º de mayo. No cabe duda: el *trabajador*, en sus múltiples facetas —huelguista, lector, votante—, es un compendio de todo aquello que los socialistas necesitan para llegar a contar con una gran organización de masas.

4. Pero el camino a recorrer era muy largo y los avances muy lentos, a pesar del aire triunfalista que inevitablemente solía tener el balance anual que, sobre la marcha de la organización, hacía el partido y recogía *El Socialista* —número de militantes, de concejales, de agrupaciones del partido, de periódicos o de sociedades adheridas al sindicato—. El discurso del socialismo español, tal como queda reflejado en

¹⁵ 26,7% en el caso de *obreros* y 3,8% en el de *pueblo* en 1899.

los editoriales de estos casi treinta años de «travesía del desierto», tiene un tono generalmente monocorde — por lo menos hasta 1910—, con predominio de los automatismos del lenguaje propios de eso que Antonio García Quejido llamó por entonces «el socialismo fraseológico»¹⁶. En el vocabulario de clase analizado en estas páginas, los elementos de continuidad —la hegemonía de voces como *obreros* y *trabajadores*, una cierta sacralización de *proletariado*, preponderancia de los conflictos sociales y un notorio desdén de la política al uso— tienen tal fuerza, que hacen casi imperceptible el rastro que pudieran dejar los aspectos más novedosos del vocabulario socialista a lo largo de estos treinta años. Aunque podamos decir, con cierta razón, que la monotonía estaba en el propio paisaje social y político español, nuestra impresión es que en el discurso de los socialistas había un lastre doctrinal que dificultaba notablemente su adaptación —no digamos su anticipación— a los cambios que iban produciéndose en la realidad nacional.

5. Queda por ver hasta qué punto el vocabulario de clase empleado por los editoriales del principal órgano del socialismo español fue sensible al *démarrage* histórico que se produjo en los últimos años de la Restauración. No cabe esperar que movimientos tan bruscos como el que registramos entre 1910-1912 —ascenso en vertical de *pueblo*, caída de *obreros*— lleguen a consolidarse en el largo plazo, aunque es posible que en ciertos momentos de aceleración —1917, Trienio bolchevique, 1931...— se produzcan alteraciones violentas, pero coyunturales, en el discurso y en el vocabulario de los socialistas. Los estudios lexicométricos realizados por Tournier sobre el léxico del movimiento obrero francés a lo largo de casi un siglo —entre la Revolución de 1848 y el gobierno del Frente Popular francés— indican hasta qué punto esta variable de la historia social se inscribe en la *longue durée* de la Historia contemporánea. En todo caso, la muestra analizada en estas páginas sugiere a simple vista una notable —y tal vez engañosa— correlación entre las preferencias terminológicas de los editorialistas del semanario y el sujeto del discurso social de los socialistas españoles. El elegido es *el obrero*. Pero diríase que también en el universo conceptual y simbólico del movimiento obrero se da aquella escisión, de la que habló en su día Albert Camus, entre los que hacen la historia y los que simplemente la padecen: los obreros, que

¹⁶ «La ley de los salarios, ¿está bien formulada?», artículo publicado en *La Nueva Era* en 1901, *cit.*, por A. ELORZA: «Los esquemas socialistas en Pablo Iglesias (1884-1925)», en A. ELORZA y M. RALLE, *op. cit.*, 302.

figuran en el *corpus* que hemos analizado como las víctimas por excelencia de la sociedad capitalista, pertenecerían a la segunda categoría; serían como mucho los protagonistas de la protesta. En cambio, el proletariado y los trabajadores, a los que los socialistas exhortan de continuo —a votar, a afiliarse, a manifestarse, a leer *El Socialista*—, representan un nivel de identidad y de conciencia superior. Por eso son ellos, y no los obreros, quienes pueden cambiar el curso de la historia.

Apéndice: Cuadros y gráficos

Cuadro I
Balance del período 1887-1912

Término	Número	%
Obreros	2.417	26,6
Trabajadores	2.212	24,3
Proletariado	736	8,1
Proletarios	661	7,3
Clase obrera	526	5,8
Clase trabajadora	512	5,6
Asalariados	274	3,0
Explotados	266	2,9
Pueblo	254	2,8
Varios	1.247	13,7
Total	9.105	100

Cuadro II

1887			1912		
Término	Número	%	Término	Número	%
Obreros	133	24,6	Trabajadores	42	31,3
Trabajadores	121	22,4	Obreros	20	14,9
Proletarios	43	7,9	Pueblo	11	8,2
Proletariado	37	6,8	Proletariado	11	8,2
Cl. obrera	26	4,8	Cl. trabajadora	10	7,5
Cl. trabajadora	25	4,6	Proletarios	8	6,0
Asalariados	23	4,2	Masa/s	7	5,2
Esclavos	14	2,6	Cl. obrera	6	4,5
Pueblo	12	2,2	Explotados	3	2,2
Otros	107	19,7	Otros	16	11,9
Total	541	100	Total	134	100

Cuadro III

<i>El Socialista</i> (en.-dic. 1894)		<i>Le Socialiste</i> (en.-jun. 1894)		<i>La Idea Libre</i> (ab. 94-ab. 95)	
Término	%	Término	%	Término	%
Obreros	28,4	Trabajadores	32,9	Trabajadores	30,1
Trabajadores	24,0	Obreros	30,1	Pueblo	21,4
Proletariado	12,9	Proletariado	13,7	Obreros	19,4
Proletarios	5,3	Productores	8,2	Pobres	5,6
Asalariados	5,3	Proletarios	4,1	Productores	4,6
Otros	24,1	Otros	11,0	Otros	18,9

Cuadro IVDesglose por años de los términos más usados¹⁷ (I): 1886-1898

Término	1886	1887	1888	1889	1890	1891	1892	1893	1894	1895	1896	1897	1898
Obreros	180	133	140	119	102	63	94	67	97	172	81	107	50
Trabajadores	123	121	125	103	108	99	134	74	82	118	63	108	58
Proletariado	33	37	33	38	30	41	52	35	44	18	25	26	13
Proletarios	42	43	54	54	33	25	21	14	18	11	19	37	27
Clase obrera	36	26	10	16	11	20	30	16	16	18	19	18	16
Clase trabajadora	49	25	18	26	25	23	26	21	12	19	18	22	24
Asalariados	22	23	19	32	31	14	11	14	18	10	4	3	5
Explotados	3	4	5	17	7	4	14	14	4	10	12	7	9
Pueblo	8	12	10	23	10	13	8	9	3	6	18	8	13
Varios	66	117	76	90	78	34	56	48	48	38	30	43	36
Total	562	541	490	518	435	336	446	312	342	420	289	379	251

¹⁷ Número de veces que cada voz es utilizada en los editoriales de *El Socialista*. Se incluyen los términos más usados en el total del período estudiado, lo cual no quiere decir que lo sean en cada año, ni en el orden en que están recogidos en el cuadro.

Desglose por años de los términos más usados (II): 1899-1912

Término	1899	1900	1901	1902	1903	1904	1905	1906	1907	1908	1909	1910	1911	1912
Obreros	64	77	124	127	96	81	80	111	46	85	56	39	6	20
Trabajadores	56	35	109	79	78	73	85	77	59	81	54	61	7	42
Proletariado	13	26	29	46	26	33	24	13	20	23	26	12	9	11
Proletarios	16	10	28	16	27	25	25	34	31	27	10	5	1	8
Clase obrera	39	45	22	21	20	20	28	14	7	20	17	10	5	6
Clase trabajadora	10	16	36	13	17	15	17	6	12	23	13	13	3	10
Asalariados	3	3	7	5	6	7	7	4	9	12	0	1	1	3
Explotados	2	4	15	5	15	13	26	17	15	14	18	8	1	3
Pueblo	9	8	3	6	4	12	1	1	5	6	4	19	24	11
Varios	26	40	48	46	37	36	53	43	30	39	42	16	11	20
Total	238	264	421	364	326	315	346	320	234	330	240	184	68	134

Gráfico I

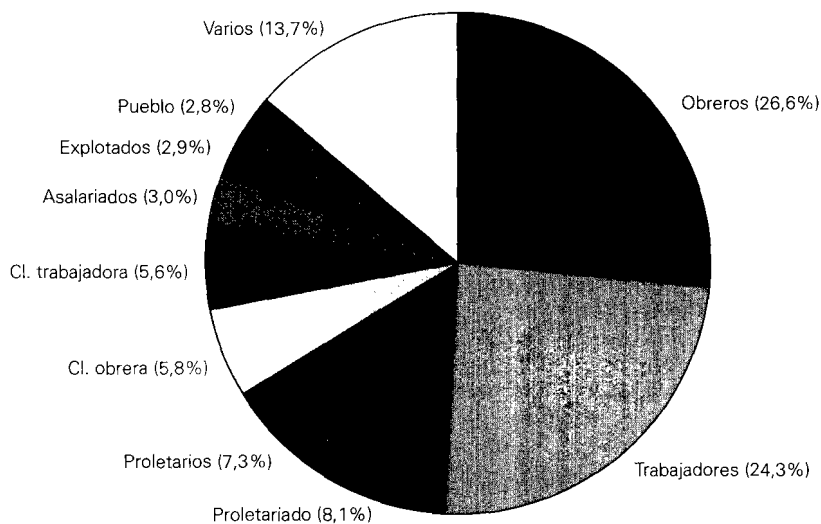
Términos más usados en los editoriales de *El Socialista*

Gráfico II
Evolución de tres términos clave: *Obrero/s*, *Trabajador/es* y *Pueblo*
(Porcentajes cada tres años)

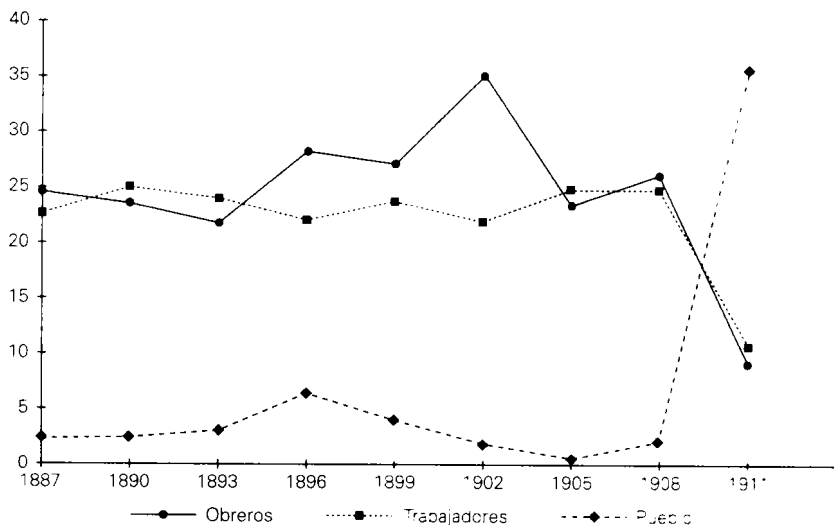


Gráfico III
Comparación entre *El Socialista*, *Le Socialiste* y *La Idea Libre* (1894)

